

Capítulo I

LOS LÍMITES DE LA REPÚBLICA PERUANA. LA APARIENCIA GENERAL DE LA COSTA Y SU CLIMA. LAS ESTACIONES DIVIDIDAS EN HÚMEDA Y SECA. LA VEGETACIÓN. LA INFLUENCIA LUNAR.
LA INFLUENCIA DEBILITANTE DEL CLIMA

EL PERÚ ACTUAL LIMITA por el norte con la República del Ecuador; por el sur, con la de Bolivia; por el este con los territorios portugueses o Brasil; y por el oeste, con el océano Pacífico. La costa de la República del Perú se extiende a lo largo del litoral del Pacífico desde el río Loa, límite meridional que lo separa de Bolivia, hasta el río Tumbes, límite septentrional que lo separa de Guayaquil, República del Ecuador. Toda esta extensión costera, desde los 3°30' a los 21°30' latitud sur, es un desierto natural atravesado por diversos ríos, de mayor o menor tamaño, que descienden por las estrechas quebradas de los Andes hacia el océano Pacífico.

Muchos de estos ríos se quedan secos durante varios meses al año; mientras otros, los de mayor tamaño, mantienen un caudal permanente que crece durante la estación lluviosa en el interior, y nunca se ha visto que en la época seca disminuyan tanto en las alturas de donde provienen, como para no proveer los medios para irrigar y embellecer los valles marítimos por los que fluyen hacia el océano.

Curiosamente, mientras en la costa del Perú la vista se fatiga de mirar los llanos y las lomas de arena, tan pronto como se cruza el río Tumbes el aspecto de la naturaleza cambia: en el primer escenario todo parece árido y calcinado; en el segundo todo el paisaje es verde y fértil.

Mientras la costa ecuatoriana presenta a la vista planicies de tupido bosque; en la costa y en los valles de la vertiente occidental del territorio peruano, solo se encuentran árboles, no cultivados por el hombre, que crecen en los lugares propicios cerca de los arroyos y ríos. Piura, la provincia más septentrional del Perú en la costa del Pacífico, es conocida por su atmósfera sumamente seca; pero en un año lluvioso, que rara vez se presenta en la provincia, los pastos que brotan repentinamente son de una frondosidad insuperable, y los mismos *arenales*, tras uno o dos días de lluvia, desarrollan una exuberancia de vida y vegetación.

Se puede decir que la temperatura de los valles bajos en la costa del Perú no supera los 82 °F (28 °C) en verano, ni baja a menos de 60 °F (15 °C) en invierno.³ Sin embargo, donde los altos cerros dominan estrechamente los arenales o *pampas* secas, es difícil decir hasta qué grado puede bajar el termómetro durante la noche, cuando una ráfaga de aire frío de las regiones serranas guarda proporción con el grado de radiación proveniente de los arenales, y con la fuerza con que los rayos del sol han llegado durante el día a los suelos calcinados. En dicho espacio, el viajero siente la transición con tanta intensidad que cuando anochece en las zonas desérticas, a veces se ve compelido por lo penetrante del frío a desmontar y enterrarse hasta el cuello en la arena tibia, hasta que resurja el sol reconciliándolo con el amanecer y animándolo a seguir su camino inexplorado.

En Lima, la capital del Perú, no se experimentan cambios extremos de calor ni frío;⁴ una ventaja que se debe, parcialmente, al espléndido entorno de cerros que se elevan uno encima de otro hacia los cielos.

-
3. En Piura, la temperatura del aire en verano va de 80 a 96 °F (26°6' a 35°5'C) y en invierno de 70 a 81 °F (21 a 27 °C). La brisa marina o viento meridional que se empieza a sentir alrededor de las diez de la mañana, es saludado como el mensajero de la salud por los nativos a los que nunca frecuentan las epidemias generales ni mortíferas.
 4. Lima está situada en 12°2' latitud sur, y en 76°58' longitud oeste, a seis o siete millas de su puerto marítimo, el Callao, y la parte más elevada de la ciudad está a unos 500 pies sobre el nivel del mar. Ha sufrido frecuentes terremotos, que son muy comunes (uno de los más notables ocurrió en 1828). Las casas de una planta tienen paredes habitualmente hechas de ladrillos secados al sol llamados *adobes*, pero para que puedan ser más capaces de resistir los constantes impactos a que son expuestas, se construyen principalmente cuando poseen más de una planta

En invierno, en el centro de la ciudad, el termómetro de Fahrenheit nunca baja de 60 °F (15 °C) a la sombra; y durante el verano nunca hemos visto que suba a más de 82 °F (28 °C); en espacios bien ventilados, lo normal son unos 80 °F (26 °C). La diferencia habitual de la temperatura entre el anochecer y el día es solo de tres a cuatro grados cuando el termómetro se coloca en una ventana común enrejada, sin vidrio, abierta a un corredor o glorieta, tal como es habitual en las casas de Lima, en aras de una libre ventilación.

En el sofocante mes de febrero, si se coloca el termómetro en el techo plano de una casa de quincha rara vez asciende a 112 °F (44 °C); y en esa estación se puede decir que los innumerables *gallinazos* que vuelan y circulan en el medio cielo, abanicen el aire del mediodía bajo el elevado dosel que tiende un cortinaje de ligeras nubes blancas que protegen gratamente a la ciudad y a sus habitantes de los rayos demasiado calcinantes del sol tropical.

El higrómetro de Leslie rara vez indica menos de 12° o 15° en la estación húmeda, y casi nunca supera los 50° en los meses de verano.

El registro del barómetro puede considerarse sumamente limitado, pues, durante el periodo de seis meses que hemos tenido oportunidad de observar las variaciones barométricas el mercurio se fijaba por lo común en $29\frac{9}{10}$ pulgadas (759 mm) y no parecía nunca por debajo de $29\frac{1}{2}$ pulgadas (749 mm). Iniciamos nuestras observaciones en septiembre y finalizamos en marzo, tales meses comprenden la transición del clima húmedo al seco, del frío del invierno al calor más intenso del verano.

En cierta ocasión, observamos que el barómetro descendió de $29\frac{9}{10}$ pulgadas (759 mm) a $29\frac{1}{2}$ pulgadas (749 mm); esto produjo un rápido seísmo que, aunque ocurrió en el mes habitualmente seco de enero, fue precedido por una ligera llovizna, con la cual la gente en la calle se alegró llamándola “¡agua bendita!”. Otra vez, cuando notamos una bajada similar del mercurio, el caudal turbio y henchido del río

de madera y caña. Toda la obra, por dentro y por fuera, se recubre con arcilla, y se pinta o blanquea.

Rímac mostró que llovía fuertemente en las montañas de la sierra.⁵ En cuanto a los truenos y relámpagos, se ven tan rara vez en Lima, que se dice incluso que son desconocidos. Lo anteriormente dicho sobre el estado de la atmósfera de Lima se basa en observaciones realizadas por el escritor en su residencia en la calle del Arzobispo; no obstante, una milla más arriba (1,6 km) en la zona de la ciudad llamada el “Cercado”, la influencia de las montañas vecinas se percibe mejor porque las noches y mañanas son más frías. El termómetro nocturno a veces baja hasta 54 °F (12,2 °C) en las huertas del Cercado, cuando en el centro de la ciudad no cae por debajo de 60 °F (15,5 °C) con las ventanas abiertas o en la galería.

En Lima, las cuatro estaciones no se distinguen nítidamente en modo alguno. Con frecuencia, el clima seco del verano invade la estación otoñal, supuestamente húmeda; y, a veces, el tipo de clima y enfermedades predominantes en invierno se prolongan hasta entrada la primavera.

Por ello, aunque las estaciones se distinguen habitualmente en primavera, verano, otoño e invierno, sería realmente más adecuado adherirse a la división usual entre los lugareños: la estación húmeda y la seca.

En mayo, las mañanas son húmedas y nubladas; y casi siempre llovisna durante todo el mes de junio. En octubre tampoco puede decirse que las lluvias, que inclusive en los meses de julio y agosto rara vez son más densas que una bruma escocesa, hayan cesado por completo, pues los días son más o menos húmedos, y ocasionalmente se puede ver caer un aguacero breve y ligero; mientras que el anochecer y el amanecer son húmedos y nublados.

5. El Rímac separa a la ciudad de Lima de su suburbio de San Lázaro y tiene un puente excelente cerca del Palacio. Este puente, ornado con vanos y asientos, es muy concurrido en las noches cálidas. A las damas jóvenes de la metrópoli, con su imponente traje de noche para fiesta o tertulia, les agrada, en épocas de tranquilidad pública, pasear por el puente en las noches de luna, y respirar el aire puro de la montaña y el mar que se mezclan y arremolinan para dar frescura a la pálida mejilla y, en su tibia y envolvente corriente, trae la fragancia de flores escogidas que en esta hora de vida social coronan graciosamente las cabezas de las beldades del Rímac.

En noviembre y diciembre, cuando se presiente que ha llegado la estación seca, el clima, con excepción del mediodía, es en su mayor parte tibio, tonificante y delicioso y abril también es un mes agradable. Sin embargo, cuando llega a su fin, los capitalinos, advertidos por un desagradable cambio de sus sensaciones, deben protegerse con ropa de abrigo de los fríos que trae el viento noroeste ocasional, o de la influencia constante del viento suroeste, pues son sumamente sensibles, al punto de sentir una diferencia de solo dos o tres grados en la temperatura de dos días sucesivos como un cambio completo de clima.

En el verano, un viento de suaves brisas sopla casi constantemente desde el sur; pero el viento que prevalece durante la mayor parte del año es el del sureste, que, al mezclarse con el aire más cálido de la costa árida del Perú, tiende a moderar la temperatura de la atmósfera, y a producir niebla y *garúa*, o las espesas brumas a que nos hemos referido. Durante la estación seca en la costa, se experimentan lluvias en el interior y en las cordilleras lejanas de altiplanicies —especialmente en los meses de enero, febrero y marzo, cuando la lluvia que cae en la sierra es, a menudo, muy densa, y no pocas veces se intercala con nieve y granizo en las regiones más altas—. Así, la estación seca de la costa es la húmeda en la sierra o región montañosa, y *viceversa*; y tan solo con ascender hacia la sierra o con bajar cerca del mar, sin un apreciable cambio de latitud, los afortunados peruanos pueden disfrutar, con una corta migración de unas pocas leguas, un verano perpetuo o un invierno sin fin —si este en verdad puede llamarse invierno, siendo la estación del crecimiento natural y los pastos—.

Quienes, a fines de agosto o inicios de septiembre, han tenido la buena suerte de visitar Buena Vista, en el encantador valle de Lurín, a seis o siete leguas al sur de Lima (y que fue durante muchos años la hospitalaria mansión de aquel ilustrado filántropo, el caballero John Thomas), deben de haber observado que esta estación imparte un matiz algo melancólico al paisaje: las lomas de arena de Lurín, todavía húmedas por la fina lluvia y la neblina, se adornan de flores, tal como sucede con los árboles en el valle; este fenómeno, que no es perenne ni depende, como la vegetación de los cerros vecinos, de la lluvia periódica del litoral ocurre cuando ya han comenzado a mudar el follaje marchito. Aquí, la música del matorral y la cabaña en lo alto están en

consonancia con los sentimientos inspirados por los sauces amarillentos; mientras el *lomero* o arriero de las lomas, tararea el *yaraví*, un triste aire indio, con su flauta rústica y a través de una nota quejumbrosa, la *cuculí* responde desde la arboleda de guarangos.

Al final de septiembre o inicios de primavera, encontramos que comienzan a florecer los árboles en los grandes senderos que rodean Lima; y el nuevo follaje crece en ellos, pues la hierba se marchita en los cerros alledaños, o se ve que solo preserva su apariencia verdeante en las grietas y cumbres de los empinados recovecos de Amancaes.⁶ Pero tan pronto se marchita la vegetación silvestre de los cerros vecinos, y en las crestas y laderas más cercanas que se divisan desde la ciudad, los campos y cercados esparcen el verdor ondulante de una cosecha prometedora.

La cebada, las menestras y el maíz cosechados durante la estación húmeda o lluviosa, maduran gracias a la acción conjunta del sol y de la humedad artificial después de que toda la vegetación natural o espontánea se ha marchitado y desaparecido de los cerros y lomas de arena ya áridos. Las mazorcas de maíz se cosechan siempre en la *menguante* o fase decreciente de la luna; pues es un hecho conocido por todo agricultor que si cosecha el maíz en la *creciente* de la luna, no quedará libre de polilla durante tres meses, incluso con la ventaja de dejarla en panca, estado en que es menos susceptible a los daños.

En los valles alrededor de Lima, el agricultor cuida mucho de no sembrar en la *creciente*, para que la semilla no se malogre ni se pudra y pueda rendir una buena cosecha. El leñador presta igual atención a la influencia lunar, pues sabe que la leña cortada en la *creciente* se malogra pronto y, por ello, no sirve para construir casas ni para ningún otro fin permanente. Este es el caso particularmente del sauce y el aliso tal como lo comprobó el escritor quien, a pesar de no creer en lo que consideraba prejuicios de los lugareños con respecto a la influencia lunar, insistió en techar parte de una casa con aliso y sauce talado

6. Tendremos ocasión de hablar de Amancaes, donde crece una bonita flor amarilla del mismo nombre, que al llegar las primeras lloviznas y brumas, al inicio de la estación húmeda en la costa, es la avanzada de la vegetación, como la prímula en nuestros valle presagia el retorno verdeante de la primavera.

durante la *creciente*, y después de un par de años, cuando vio que la madera empleada se había vuelto muy quebradiza e inútil, se convenció de su error. Por ello, fue necesario reemplazarla o darle apoyo para impedir que el techo se desplomara.

El *arriero* atiende escrupulosamente a la influencia de la luna en el ganado. Si viaja en la *creciente*, y en un clima caliente o incluso templado, tiene cuidado estricto de no desensillar a sus caballos de montar ni de quitarles los aparejos a las mulas de carga, hasta que hayan descansado un poco y se hayan repuesto bastante, y si descuidara estas precauciones, de seguro que sus bestias quedarían inválidas con grandes hinchazones e inflamaciones, que se les formarían en los lomos y hombros y que rápidamente supurarían.

En breve, el propio *chalán* no se persuadirá de limpiar los lamparones de las encías de su cabalgadura ni un limeño procederá a cortarse los callos (y pocos están libres de tal tormento) por miedo a contraer una grave irritación como recompensa de su imprudencia. Podemos inferir de estos hechos comunes y familiares que en el Perú la influencia lunar es muy notable, ya que tanto en el reino animal y el vegetal se impone a la atención y la experiencia de cada uno.

Si se pregunta qué influencia general puede tener un clima como el que hemos descrito sobre el organismo animal, responderíamos que parece ser algo particularmente debilitante y degenerante para el estado de la atmósfera y la ubicación de Lima, agravada por la total negligencia del cuidado sanitario. Este efecto es observable en la especie canina, que se vuelve lenta y sin vigor, y más predispuesta a ladrar que a morder, pero se muestra especialmente en los descendientes masculinos de padres europeos sin mezcla.

Con frecuencia vemos reducidos la fuerza corporal y el carácter varonil del progenitor en el hijo del valiente y digno español. Tanto su mentalidad como su persona lo convierten en un *petit-maitre*⁷ y, aunque vivaz en su juventud, al madurar se distingue más por su facilidad antes que por su energía, por su inconstancia antes que por su vigor.

7. Este término, que aparece en francés en el texto original, significa 'petimetre' en castellano (N. de la T.).